



LA HOSPITALIDAD⁵

EL MONJE TIENE QUE SER UN HOMBRE QUE DE VERAS BUSCA A DIOS. Y que lo adora y acepta allí donde el Señor quiera revelársele. Y esto sucede normalmente dentro del ámbito del monasterio.

El monje tendría que ser un cristiano, un hombre que está en silencio. No tanto un silencio del que está callado, cuanto un silencio del que está a la escucha. Porque le interesa captar la voz del Señor siempre que Este quiera hablarle. Es un hombre abierto

- frente a las cosas
- frente a los acontecimientos de la historia
- frente a los hombres concretos con los que se encuentra
- y sobre todo frente a la Palabra de Dios con la que trata de vivir en una intimidad particular.

⁵ *Cuadernos Monásticos* n. 48-49 (1979), pp. 107-111.

Pero también tiene que ser alguien que trata de transparentarlo a Dios a cuantos lo rodean. Es la voz de las cosas inanimadas. Ellas tienen voz y alaban a Dios a través de la oración del monje. Es también el monje la voz del pueblo, que él transforma en oración suplicante y comprometida en especial en su oración comunitaria, y también en su oración a solas. Tiene que ser un reflejo del Dios que lo habita para todos aquellos hombres con los que peregrina, aunque esto deba hacerlo dentro de las limitaciones que le exige el haber aceptado vivir alejado de ellos.

La hospitalidad nace así como una exigencia de la misma vida monástica. Dios es el principal huésped del monje, y el monje se siente de una manera especial acogido por la hospitalidad de Dios. Concretamente de Cristo.

En cada hombre se verá a Cristo: un hermano. Un compañero de camino. Pero a la vez un Señor que tiene derecho a nuestro servicio reverente y exigente. Máxime cuando son pobres, o comparten nuestra fe de una manera especial.

Los monjes que viven en comunidad, realizan este aspecto de su vida monástica de modo que sienten su compromiso expresado a través de los que han recibido la responsabilidad para ello. El abad deberá tomar en cuenta que sobre este punto será examinado en el juicio de Dios, como sobre otros aspectos internos de la vida comunitaria.

El hecho actual

Tal vez no sea importante en una reunión como la nuestra el ponernos a discutir de quiénes eran los huéspedes que nunca faltaban en los monasterios para los que nuestro Padre san Benito legisla. Lo cierto es que existían, y su presencia se daba como un hecho lógico. Para recibirlos, nuestro Padre había organizado todo un ceremonial y una serie de actitudes de apertura y de reserva. Se deseaba que en ellos

fuera recibido Cristo, y que el huésped se llevara del monasterio la impresión de haber sido tratado cristianamente. Que saliera edificado y confortado. Y en todo esto no se tenía para nada la impresión de estar innovando, sino muy por el contrario, la segura naturalidad de algo que siempre se había realizado y que era un deber realizar.

También hoy sigue siendo una realidad importante en nuestros monasterios, la presencia de los huéspedes. Probablemente el país, la región y la historia concreta que se vive, dé una modalidad diferente a cada uno de nuestros monasterios latinoamericanos en cuanto a la gente que recibe, lo que esta gente busca y lo que el monasterio desea darles y en concreto da.

Pienso que para captar lo que Dios nos pueda pedir hoy en sus Cristos forasteros, hay que partir de dos realidades concretas y vivenciales:

1. Lo que somos, o queremos ser, los monjes.
2. El hambre concreta que traen los que vienen como huéspedes, que no son sólo personas, sino miembros de un pueblo con una historia y unas vivencias bien reales.

Según esto, es seguro que la modalidad que cada monasterio asuma frente a su estilo de vida, va a influir casi necesariamente, seleccionando un determinado tipo de huésped. Y no porque concretamente se lo imponga. Lo que pasa es que, al reflejar una determinada imagen, acercará o alejará a un determinado grupo de personas.

Por ejemplo:

- el matiz que se le dé a la vida de oración
- la importancia de la vida litúrgica con su rasgo de sencillez o de esplendor
- el tipo de vida comunitaria y el acceso que el huésped tenga a ella

- la apertura de corazón frente a los problemas sociopolíticos que vive la comunidad nacional o local serán todos una zaranda que obrará como selectora de los huéspedes para una comunidad concreta.

Mucho más allá de lo que se diga, el huésped palpará un clima comunitario que lo hará retornar y que le hará aconsejar a otros su venida, o que por el contrario lo alejará definitivamente.

El hambre concreta que los huéspedes traigan y a la que nos referimos en el punto dos, es un tema mucho más delicado. Porque no nos toca saciar todas sus hambres. Y puede ser que incluso nos corresponda desilusionarlos en sus expectativas a fin de abrirlos a lo auténtico.

El pozo y el oasis

Es frecuente oír a un huésped que llega a nuestros monasterios, el que nos compare a un oasis. Sobre todo, si la geografía que ofrece el lugar es una tranquila realidad de campo. Y más cuando esa persona viene del ajetreo de la ciudad y ha sufrido un largo viaje en alguna de nuestras líneas de colectivos pampeanos. El cuerpo y el alma se sienten como distendidos, y todo ayuda a olvidarse de los problemas reales, posibilitando unos días de evasión, que suelen ser vividos casi con la angurria de saber que terminarán pronto y habrá que volver a retomar la novela personal allí donde se la dejó.

Pienso que, si nuestra hospitalidad pretendiera ofrecer esto, sería algo lamentable. Porque un oasis es algo así como una pequeña geografía artificial en medio de un paisaje duro y exigente. Lo esencial del oasis es la sombrita fresca, que me hace descansar del duro calor y bochorno del camino soleado. Al llegar allí abandono mi huella con

sus duras exigencias. Sé que lo que encuentro no es muy real, al menos para mi camino ordinario. No tiene mucho que ver con él. Pero yo necesito un respiro. Entonces me bajo del caballo, aflojo la cincha, me descalzo y suelto las ropas. La fuente de agua me regala en abundancia lo que mi sed necesita. Pero en cierta manera sé bien que eso me servirá sólo mientras yo esté allí. Ya que, apenas abandonado el oasis, el camino me devolverá a la dura realidad del desierto, de la sed y del cansancio reencontrado.

Pueden suceder en mí entonces dos cosas:

- que luego de unas horas, el oasis me resulte insoportable, y me vuelva agresivo contra él por presentármese tan contradictorio con mi cotidianidad. Entonces lo abandono casi con rencor hacia él y hacia cuanto lo habita. Porque para un nómada sufrido, un sedentario es siempre un burgués irrealista y comodón;
- o bien puede suceder que el oasis me seduzca y me ate a su sombrita haciéndome infiel a mi camino. Quizá no llegue a tanto como a quedarme allí para siempre. Pero me iré de allí con nostalgia dejando algo de mi corazón atado al oasis. Y entonces probablemente comenzaré a tenerle rencor a mi camino que me aleja o me hace vivir distante del oasis.

Todos conocemos esos huéspedes que se ligan a un monasterio como a un espejismo. Y vuelven a él como a un lugar donde anida su nostalgia. Pero sin llegar nunca a decidirse por una entrega que les haría asumir el monasterio con toda su realidad de dureza y de exigencias.

Tal vez hasta aquí hablé demasiado mal de una realidad que suele tener el desierto. Pero en esta geografía no existen sólo los oasis.

Existen también los POZOS. No olvidemos que tradicionalmente un monasterio es radicalmente una geografía de desierto (... ¡aunque a veces lo disimulamos muy bien!).

Los pozos son realidades ocultas en el corazón de algún médano. En cierta manera sólo son descubiertos por los animales sedientos, o por ciertos signos que requieren experiencia de desierto. Son huecos cavados en la arena del médano, que en su fidelidad a la duna que los aprisiona, logran ir concentrando poco a poco el agua de las napas ocultas. Cuando alguien llega hasta el pozo, no encuentra allí ninguna geografía artificial. Es el mismo rostro austero del desierto. Lo único que tiene el pozo para ofrecer al nómada sediento es su poco de agua acumulado en su larga fidelidad a los arenales. Pero el viajero sabe que ese poco de agua que le ofrece el pozo bastará para devolverle a él todo el resto del camino. Porque el viajero agotado y sin fuerzas sentía que allí terminaba su andar. Y bastó ese poco de agua para que en él renacieran todas las fuerzas que ya llevaba en sí mismo. Abrevado, guardará un profundo respeto y cariño por el pozo amigo, pero no sentirá nada que lo ate a él. Por el contrario. Ese pozo agotado, al no tener ya nada para ofrecerle, lo devolverá a su estrella. La estrella del que camina nunca es la misma que la del pozo. La de éste es la más alta, aquella que logra reflejarse en su fondo por las noches. Mientras que la estrella del que camina es aquella que está sobre el horizonte, y que lo invita a seguir.

Pienso que lo que un monasterio puede ofrecer a un huésped con sed de Dios es una profunda fidelidad a Dios. No mucho más. Es nuestra peleada fidelidad con Dios lo que logrará hacernos acumular algo de experiencia que luego ofreceremos simplemente al que llega, a fin de que él se encuentre con todo el misterio que lleva adentro, y una vez abrevado retome fuerzas para seguir su camino, que no es el nuestro.

Y esta profunda fidelidad al Solo Dios, no es una manera de evadirnos nosotros a nuestra vez de las exigencias concretas de la historia y de la geografía en la que Dios nos coloca. Ya que tanto el monje como el huésped son miembros de un pueblo muy concreto. Y ambos tendrán que encontrarse con Dios a través de ciertos canales culturales concretos. El monje tendrá que expresar su encuentro con Dios a través de las actitudes fraternas de compromiso que ese encuentro bíblicamente siempre engendra en aquellos que lo han tenido.

Aclarando:

San Benito nos invita a no dar paz falsa. Toda paz que no surja del encuentro con la Palabra de Dios y de la aceptación de sus exigencias, es cristianamente una paz falsa. No somos un lugar nuestro que facilita un relax psicológico. Si nosotros brindamos a nuestros huéspedes simplemente unos días de sosiego y un clima exquisito litúrgica y culturalmente, entonces los estamos drogando y de esta manera traicionando su auténtica búsqueda, y quizá su puesto en el mundo que hay que construir.

Tenemos que organizar nuestra hospitalidad de tal manera que no les evitemos el encuentro con la dura realidad de su soledad, que tendrán que sufrir y asumir. No tenemos por qué llenarles el tiempo con nuestra servicialidad, que los haría quizá sentirse cómodos, pero que los mantendría ocupados con nosotros todo el tiempo.

Simplemente tendremos que vivir con una gran simplicidad nuestra vida de cada día. El monasterio es un lugar fuerte de la vida de la Iglesia. Una radicalización de las exigencias de la vida cristiana vivida comunitariamente que busca a veces dolorosamente, el cómo ser parte viva de un pueblo concreto donde quiere ser signo, punto de referencia inteligible porque habla un lenguaje que no necesita ser previamente traducido y explicado.

Pero por otro lado el monje debe tener también claro comunitariamente que su realidad de ser un signo le obliga a limitar su inserción en el pueblo a aquello de lo que quisiera ser signo.

La *Carta a los Hebreos* hablando del sacerdote lo definió como: “Un hombre sacado de entre los hombres para ser puesto al servicio de los hombres en las cosas que se refieren a Dios” (cf. Hb 5,1).

Podría ser quizá una buena aproximación a lo quiere ser un monje frente a sus hermanos.

Resumiendo:

1. Es un hecho que a los monasterios llegan huéspedes. Nuestra Santa Regla considera que son un elemento cotidiano de la vida de nuestras comunidades.

2. La historia y la geografía pueden hacer cambiar el tipo de huéspedes y la sed que traen para saciar. Pero nuestra misión será siempre explicitar y ayudar a saciar la sed del encuentro con Dios y con las exigencias concretas que ello trae para después. Exigencias que en la práctica pueden ser distintas para el monje y para el huésped.

El primer servicio que los monjes brindan a los huéspedes es la propia fidelidad a las exigencias de ser monjes. Hombres de Dios para los hombres, en las cosas que se refieren a Dios.

3. No debemos facilitar una geografía de oasis. Hoy en día, quizá lo poco de desierto que aún podemos brindar a nuestros huéspedes, sea lo duro de enfrentarse con su propia soledad llena de Dios.

Debemos capacitar al huésped para el silencio mediante nuestra palabra, pero sin llenarle ese silencio.

4. No pensemos que la hospedería será una fuente para conseguir vocaciones para la vida monástica.

Posibles preguntas

1. ¿Cómo brindar al huésped hoy en Latinoamérica un encuentro con Dios en la soledad a través de nuestras hospederías monásticas?
2. ¿Cómo brindar a través de la comunidad una profunda experiencia de comunión fraterna vivida por los monjes, y en qué medida permitir que el huésped tenga acceso a ella?
3. La liturgia de las horas y la liturgia eucarística ¿deben ser estrictamente pensadas en vistas a la comunidad monástica, o deberían ser flexibles posibilitando adaptaciones a los casos en que participen huéspedes en situaciones especiales más o menos frecuentes?

Mamerto Menapace, osb